

JULIA ESTÁ BIEN

Bárbara
Montes



Dos mujeres dispuestas a recordar y escuchar.

Dos historias que tal vez hayan sido siempre una sola.

Para comenzar de nuevo, debes aprender a mirar atrás.

Esta es una novela que nos habla de fracasos generacionales, valentías como ya no quedan y amores de verdad. Una historia sobre dos mujeres que, en el momento más inesperado, compartirán su pasado y su presente, buscando la una en la otra su tabla de salvación.

Sofía es una treintañera que no atraviesa su mejor momento. Recién divorciada y en el paro, decide mudarse a casa de su abuela Julia para cuidarla y, de paso, ahorrarse el alquiler que no puede pagar. Lo que al principio es una solución desesperada se convierte pronto en una especial relación de convivencia entre una anciana cada vez más enferma, que desea narrar su vida antes de que se le acabe el tiempo, y una nieta que, página tras página, irá dándose cuenta de cómo necesita escuchar ese relato.

Las extraordinarias vivencias de la abuela durante la Guerra Civil, cuando arriesgó su vida como parte de un grupo de resistencia mientras el hombre al que amaba estaba preso, se unen en esta novela al reflejo —lleno de ternura y tristeza, pero también de humor— de la rutina de estas dos mujeres que comparten unos días que saben que serán los últimos. Basándose en la historia de su propia familia, la autora trenza una novela que salta una y otra vez de la actualidad al pasado, para contarnos dos historias que tal vez hayan sido siempre una sola.

Para la abuela

Prólogo

1936

Ante ella solo muerte. Dondequiera que mirase, descubría más cadáveres. Mujeres y hombres, jóvenes y ancianos... daba igual donde se posasen sus ojos.

En su camino vislumbró, entre los escombros de los recientes bombardeos, el cuerpo ensangrentado y desmadrado de lo que le pareció un niño de corta edad. Retiró la vista espantada. Prefería mirar sin ver, prefería pensar que esas imágenes se borrarían de su memoria con el tiempo.

No lo hicieron.

Alcanzó la plaza de toros ayudándose de la oscuridad. Había sido la casualidad la que había querido que llegase a la ciudad cuando ya caía la noche; no lo había planeado, pero lo había utilizado. También había utilizado la sangre de algunos de los caídos para algo tan prosaico como ocultarse de la única forma que había podido: haciéndose pasar por un muerto más.

Durante su avance se había cruzado con poca gente. La primera vez escuchó voces masculinas, risas, cantos y algún disparo. Miró a su alrededor y solo vio un grupo de unos seis o siete cadáveres casi amontonados unos encima de otros junto a un muro medio derruido. Las voces se acercaban. Se empapó las manos en el charco rojo que se extendía como un halo en torno a la cabeza de uno de los muertos y las restregó sobre su blusa. Repitió la operación manchándose también la cara y se tumbó en el suelo, junto a los cuerpos. Ya doblaban la esquina cuando tiró de uno de ellos echándose por encima y cerró los ojos.

Unos hombres uniformados pasaron junto a ella sin verla. Llevaban las chaquetas abiertas en un vano intento por

refrescarse, pero el calor de agosto no perdonaba. Charlaban y cantaban en un idioma que no entendió. Cuando dejó de escuchar los cánticos, tras lo que le pareció una eternidad, salió de debajo de su involuntario protector y se levantó. Temblaba. Miró el rostro del hombre. Su vista se perdía en un cielo estrellado que ya nunca volvería a ver. Le cerró los ojos, susurró un «gracias» y siguió avanzando.

Ahora, escondida entre los muros y sombras de la plaza de toros, un escalofrío recorrió su columna. El aire olía a sangre y polvo. A lágrimas y chillidos. A muerte.

1

De mierda hasta el cuello

2011

Cuando estás de mierda hasta el cuello, todavía puedes tropezar y caerte de bruces. Y eso es lo que está a punto de sucederme en la luminosa cocina del piso de mis padres mientras desayuno con mi madre. Ni siquiera me va a dar tiempo a parar el golpe con las manos.

—Sofi, no puedes seguir así. —Mi madre me llama Sofi. Lo odio. En mis treinta y seis años de vida no he podido quitarle la manía—. Todo el día encerrada y sin hacer nada. El mundo no va a pararse porque tú te pares.

—Mamá, hago lo que puedo... Estoy pasando una mala racha, ya lo sabes. Primero la separación y después lo de quedarme en paro...

—Mira, hija —mi madre me interrumpe sin miramientos—, te separaste hace ya tres meses...

—Mamá, había motivos para una separación —replico con mi voz rezumando acritud. A ella le importa poco y sigue con su discurso.

—Me da igual. Te separaste, y hace dos meses te despidieron. Va siendo hora de que te recompongas, dejes de lloriquear y salgas de tu cuarto que, por cierto, desde que te casaste se había convertido en mi gimnasio. Me estoy poniendo fofa. —Ella nunca ha sido de esas madres que te dicen lo que quieres oír y te proporcionan consuelo y amor. Ella te dice lo que le da la gana, sigue con su vida y allá tú con tus emociones.

—¿Y lo del trabajo? ¿Qué quieres que haga? —contesto algo a la defensiva—. Llevo un tiempo buscando y no he encontrado nada ni medio decente.

—Ah, sobre eso quería yo hablar contigo —dice llevándose una tostada de pan integral a sus labios pintados con irritante precisión.

Me encojo en la silla de la cocina y me sujeto a lo único que tengo a mano: mi taza de café. Cuando mamá dice «sobre eso quería yo hablar» sabes que nada bueno puede venir a continuación. Repaso la conversación en mi mente y no encuentro nada relevante, pero por el tono, algo he tenido que decir que lo es.

Agarro la taza con tanta fuerza que temo partirla en dos. Eso me habría salvado de lo que se me avecina. Pero no. Me quemo con el calor del café casi hirviendo, tal como le gusta a mi madre, y tengo que aflojar la presión antes de despellejarme las palmas de las manos.

—He hablado con la abuela. —Deja la tostada en su plato y me mira a los ojos. Me recuerda a una de esas leonas de los documentales, cuando van de caza y divisan un feliz ñu pastando un poco retirado del resto de la manada, ignorante del peligro que le acecha.

Me tiene justo donde me quiere. No sé cómo hemos llegado a esta situación, pero intuyo por su lenguaje no verbal que estoy en problemas. Le devuelvo la mirada notando mis ojos como los de un conejo deslumbrado por los faros de un coche. Intento mantener la calma.

No puedo.

—Ajá... ¿Sobre qué? —respondo. Se puede palpar el temblor en mi voz, así que prefiero cerrar la boca y no darle más armas de las que ya, sin saberlo, le he regalado con mi estupidez.

—Sobre ti, claro. Sabe que te has separado y que estás sin trabajo. —La leona se aproxima al bóvido casi reptando, oculta entre los arbustos resecos de la sabana.

—Lo sé, se lo conté yo la última vez que fui a verla — contesto vocalizando, muy despacio y con todos mis sentidos alerta. El ñu intuye que algo no va bien, levanta la cabeza de los pastos que mastica con fruición y husmea el entorno. Ni se imagina que está disfrutando de sus últimos instantes de vida.

—La abuela no quiere seguir con la persona que contratamos para cuidarla, dice que no se llevan bien, que es muy arisca y que no sabe cocinar, que le pone muchas especias a todo. —La reina de la sabana se relame antes de saborear la pieza, todos los músculos de su cuerpo tensos, preparándose para el salto final.

—¿Y qué tiene esto que ver conmigo? —A veces parezco tonta. Como un ñu. Mi madre no necesita más que eso para soltar la bomba. Una bomba enorme, de diez millones de megatones, o eso me parece a mí, única víctima de tamaño artefacto.

—Tus tías y yo hemos pensado que podrías ir a vivir con ella. Tendrías las mismas condiciones que la persona que la cuida ahora —se apresura a añadir. Quiere quitarme toda excusa antes siquiera de poder esgrimirla a mi favor. Es lista como el hambre, la muy bruja—. Los fines de semana seguiremos cuidándola nosotras, así que tendrás tiempo para ti... Y si necesitas ir a alguna entrevista de trabajo, ella puede quedarse sola un par de horas o puedes traerla aquí.

—Mamá... Yo... no quiero... La abuela tiene mil años... No me siento preparada para cuidar de una persona tan mayor... no... no... —balbuceo. No puedo ordenar mis pensamientos. Me pasan varias excusas por la cabeza, ninguna termina de formarse porque en mi cerebro solo brilla rodeada de luces de colores una palabra, está escrita con letras muy grandes: «No». Y eso es todo lo que mi boca dice. El ñu patalea, su cuello atrapado entre las fauces de la leona. Es una batalla perdida.

—Está decidido, cariño. La abuela y tú siempre os habéis llevado de maravilla. Ella te adora, eres su nieta favori-

ta. Además —continúa con lo que intenta que parezca una sonrisa cálida—, si tú no pones orden en tu vida, tendré que hacerlo yo. El lunes que viene es 1 de junio, hace semanas que avisamos a la persona que la cuida ahora, así que empiezas el lunes. —La leona sigue apretando sus mandíbulas en torno al cuello del pobre animal, que ya ha dejado de patalear. Mamá se apoya en el respaldo de su silla y pone punto final a la conversación con un elegante sorbo de café.

El ñu se desangra sobre el suelo, la boca muy abierta, luchando por dar una bocanada más de aire, ignorante de que eso solo logrará alargar su agonía. Es demasiado tarde para él. Está muerto y todavía no se ha dado cuenta.

Lo dicho, no he podido ni poner las manos antes de caer. Me he hundido en la mierda por completo.

2

Lala

2011

Siempre me ha gustado la casa de la abuela. Huele a ella. A pan recién hecho, a azúcar tostado y a café. Mi madre no se equivocaba en una cosa: la abuela me adora.

Y yo a ella.

Siendo una niña deseaba, todas y cada una de las semanas, que llegase el viernes. No por el fin de semana sin ir al colegio, eso me daba igual, me gustaba ir al colegio, me gustaba aprender cosas nuevas. El viernes era mi día favorito porque significaba que disponía de cuarenta y ocho horas completas para estar con la Lala.

Lala.

Así la llamaba cuando era pequeña. En algún momento me hice adulta y comencé a llamarla abuela.

Los viernes por la mañana, antes de ir al colegio, preparaba una pequeña mochila con lo necesario para pasar los dos días siguientes en su casa. Vivía a dos manzanas del piso de mis padres y, aun así, era lo mejor que podía sucederme. No es que no quisiera a mi madre, que sí, pero ir a casa de la Lala era como vivir una aventura.

Qué idiotas y qué felices somos en la niñez.

Hace mucho que no vengo para quedarme a dormir. Suelo visitarla cuando puedo, tal vez no tanto como me gustaría o debería; sin embargo, eso no evita que me sienta extraña cuando abre la puerta. Es como regresar a la infancia, pero esta vez la mochila que cargo es mucho más

grande, más pesada. Rebose tanta decepción y fracaso que sus costuras están a punto de estallar.

Al entrar en su casa siento que retrocedo varias casillas sobre el invisible tablero del juego de la vida. He pasado de ser una mujer casada con el hombre del que me había enamorado, con un trabajo que me gustaba y con un buen sueldo, a ser una separada, cornuda y en paro. Y todo antes de cumplir los cuarenta.

Bravo por mí.

Traspassar el umbral de la puerta supone un pequeño paso para mí, un gran paso para mi declive personal.

En este momento mis agotadas conexiones cerebrales no son capaces de visualizar una situación más aborrecible. No se puede decir que sea la persona con la imaginación más exuberante del universo, eso está claro. La cuestión es que he sido privada de mi hogar y de mi independencia económica, soy portadora de una cornamenta con la que voy arañando los techos allá por donde paso y ahora, además, tengo que cuidar a una nonagenaria.

Mi aspecto también ha sufrido las consecuencias de la etapa de devastación emocional que atravieso. En los últimos tres meses he ganado bastantes kilos, nadie sería capaz de diferenciar mi pelo de un estropajo y mi piel está grasa como un tazón de mantequilla. Y mi abuela, aunque muy cariñosa, es una cabrona y me temo que no va a dejarlo pasar.

—Cariño, ¿cómo estás? Me alegra que hayas decidido venir a vivir conmigo —dice abrazándome—. Parece que has engordado —continúa, palpando los rollitos de carne de mi cintura—. Bueno, ya perderás esos kilos de más... yo tengo que comer muy sano. Ya sabes, el corazón, el colesterol y esas cosas de los médicos.

—Abuela, no me jodas —replico desembarazándome de su abrazo con algo de brusquedad.

—Niña, esa boca —me regaña con una sonrisa ladeada. Siempre ha sabido cómo hacerme sentir culpable sin levantar

tar la voz. Las mujeres de mi familia tienen un don especial para hacer el mal y seguir pareciendo cordiales—. Pasa a tu habitación y deja las maletas, luego las desharás, ahora quiero que charlemos, que me cuentes cómo estás.

—¿Cuál es mi habitación?

—Pues ¿cuál va a ser? La de siempre. ¡Qué cosas tienes!
—contesta resoplando.

Me acompaña por el pasillo hasta la puerta de mi antiguo dormitorio. No sé muy bien qué esperar, pero lo que encuentro es más de lo que puedo resistir en este momento. Ha hecho la cama con la colcha de *patchwork* que tanto me gustaba cuando era niña, y mis antiguos muñecos de peluche están colocados sobre la almohada formando un bodegón en tonos pastel, mullido y sonriente. En la pared cuelga mi viejo marco con una fotografía de un campo de margaritas, la única flor que me gusta. La abuela no ha tirado nada. Solo lo había guardado esperando un momento que no era probable que ocurriese, y, sin embargo, ha ocurrido. Yo he regresado. Se pueden respirar el amor y la ilusión que ha puesto en la tarea.

Un nudo del tamaño de un pomelo me atenaza la garganta y siento grandes lagrimones que empiezan a rebosar por mis ojos. Intento tragarme todas esas emociones, engullirlas y no dejarlas salir. Es una imposibilidad física, así que rompo a llorar. Con sollozos y todo, como cuando tenía cuatro años y me hacía daño por hacer justo lo que me habían dicho que no hiciese, ya fuese subirme a un árbol o ir a toda velocidad con la bicicleta. Así lloro. Y en cierto modo es liberador. Desde que las columnas que sostenían mi vida se desplomaron, no he derrochado lágrimas; no por nada, es que casi no me salían. Ahora, de repente, se pelean por escapar todas a la vez.

—¿Qué sucede, Sofía? ¿Por qué lloras? ¿No te gusta la habitación? Podemos comprar muebles nuevos y ponerla como tú quieras, esta es tu casa ahora —dice la abuela preocupada. Mi llanto arrecia, no soy capaz de decir nada.

Ella se hace con el control de la situación—. Ven. Ven conmigo. —Me obliga a dejar las maletas en el suelo, me toma de la mano y me guía dando cortos pasos hasta la sala de estar.

Aun con la vista borrosa a causa del torrente que sigue fluyendo desde mis ojos, noto que le cuesta caminar sin su bastón.

«Pobre —pienso—, la estoy obligando a hacer un esfuerzo que no le viene bien a su edad. Soy un excremento de ser humano».

Y este pensamiento provoca que mis sollozos sean todavía más grotescos. Una vez frente al sofá, coloca las manos sobre mis hombros y me empuja con suavidad para que me siente. Me dejo caer, me hundo entre los cojines y sigo a lo mío, gimoteando e hipando sin control, y siendo honesta, sin ganas de controlarme tampoco: el berrinche me está sentando de maravilla.

—Voy a hacer café y ahora me cuentas a qué vienen esas lágrimas. Ya me avisó tu madre de que estabas algo tristonera, pero yo voy a cuidar de ti, mi niña. Ya lo dice el refrán: «No hay viudita sin duelo, ni triste sin consuelo».

Eso es casi peor, ¿cómo le explico ahora que lo que me pasa es que me siento una fracasada y una infeliz por haber terminado viviendo con una anciana para poder salir adelante?

3

El abuelo

2011

Desde que mi afectuoso marido, Álvaro, me convirtió en el hazmerreír del universo con su formidable idea de liarse con una compañera de trabajo, me fijó mucho más en los hombres de mi entorno, sobre todo en aquellos a los que conozco desde hace tiempo; también en los que están casados o comparten su vida con alguna de mis amigas.

En ocasiones, cuando me cruzo con personas desconocidas por la calle, me pregunto cuáles de ellas les habrán sido infieles a sus parejas. Hombres y mujeres, no creo que la infidelidad sea patrimonio exclusivo de ningún género. Intento buscar señales en sus rostros que delaten culpabilidad. No encuentro nada.

Escucho desde mi pozo de autocompasión situado en el sofá cómo la abuela trastea en la cocina. Decido recomponerme un poco e ir a ayudarla, pues cargar por el pasillo con la bandeja y con sus noventa y seis años, todo a la vez, puede ser peligroso. No querría que tropezase y se rompiese la cadera. Sobre todo porque tendría que cuidarla yo.

Antes de salir de la estancia me fijó en el cuadro del abuelo que hay colgado en una de las paredes. Siempre ha estado ahí.

No conocí al abuelo. Murió muchos años antes de que yo llegase a este mundo. La abuela nunca volvió a casarse.

El abuelo era muy guapo, piel morena y unos enormes ojos verdes que me miran con una sonrisa cómplice desde

el lienzo, confinado entre los cuatro ángulos de un marco del que nunca saldrá. Esa es la única imagen que he visto nunca del abuelo, un autorretrato al óleo que se hizo años antes de morir. En casa se habla poco de él pero, por lo que he podido escuchar, la abuela y él estaban muy enamorados.

«La vida es una mierda —pienso mientras arrastro mis pies por el pasillo hasta la cocina—. Cuando encuentras a un ser humano que de verdad te quiere y al que quieres, va y se muere. Un asco».

—Abuela, ¿te ayudo? —pregunto asomando la cabeza por la puerta.

Tiene una de esas cafeteras de cápsulas y está terminando de servir el café en unas delicadas tazas de porcelana china. Recuerdo que solo las sacaba en ocasiones muy especiales. Me conmuevo otra vez al pensar que, para ella, esta es una de esas ocasiones. Esta vez logro contener las lágrimas, no quiero preocuparla más.

—¡Uy! Me has asustado —exclama llevándose una mano al pecho—. Sigues moviéndote como los gatos, al final voy a tener que ponerte un cascabel para saber por dónde andas. ¿Te encuentras mejor?... Lleva todo esto a la sala, anda.

—De pequeña siempre me decías eso —contesto cogiendo la bandeja con las tazas, la leche y el azucarero, y dirigiéndome al pasillo—. Lo del gato y el cascabel.

—Es que no haces ruido. Lo mismo es por andar sin hacer ruido por lo que pillaste a tu marido.

—¡Abuela! Joder, que no fue así...

—Pues es lo que me ha dicho tu madre, que le pillaste con las manos en «la masa» —pronuncia esas dos últimas palabras haciendo hincapié en ellas. No puedo verla porque camina detrás de mí, pero estoy segura de que se ha llevado las manos a la altura de las sienes y ha hecho el gesto universal para las comillas.